

ESQUEMAS PARA UNA HISTORIA DE LAS IDEAS ETICO-AXIOLOGICAS LATINOAMERICANAS.

EL PROBLEMA DE LA VALORACION EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Adriana Arpini

Introducción

Nos proponemos, en el breve espacio de este artículo, considerar la posibilidad de incursionar en un ámbito específico de la Historia de las Ideas Latinoamericanas como es el de las ideas ético-axiológicas. Nos interesa, por una parte, aproximarnos a la evolución de nuestras ideas éticas y proponer, aunque por ahora sólo sea bajo la forma de un esquema, algunas de las líneas fundamentales de esa evolución, que podrán servir de marco orientador para futuras investigaciones. Por otra parte, teniendo en cuenta que los problemas morales y valorativos no constituyen una temática exclusiva de la especulación filosófica, sino que, por el contrario están insertos en el seno mismo de la problemática social; consideramos ineludible aproximarnos también al controvertido tema de la relación entre valores y ciencias sociales.

El punto de vista que adoptamos es el de la Historia de las Ideas Latinoamericanas, disciplina que se constituye como tal a partir de los Seminarios dictados en México por el maestro José Gaos en los años '40, y que, tras un importante proceso de consolidación y difusión, llega a plantearse contemporáneamente, el abordaje de las ideas considerándolas como elementos significativos que remiten a una red más amplia de conexiones; es decir, que apunta al contenido social de las ideas, encarándolas no sólo como productos del

pasado, sino como expresión viva de las diversas formas es que los sujetos sociales se autoreconocen y se proyectan. Ello permite la reconstrucción de nuestra propia tradición de pensamiento destacando el poder transformador de las ideas.

Algunas de las hipótesis que orientan el presente trabajo son:

- 1- El planteo y resolución de problemas éticos y valorativos arraiga en la cotidianidad y están en estrecha relación con la problemática socio-histórica.
- 2- La ética, como disciplina filosófica, ha tenido desarrollos fecundos dentro de los marcos académicos, sin embargo la necesidad de resolver problemas socio-históricos concretos de nuestros países ha hecho patente la necesidad de adoptar posiciones éticas y sostener juicios de valor respecto de nuestras sociedades, que exceden el marco académico y es allí donde probablemente las ideas éticas se encuentran expresadas de forma más rica y, desde luego, más polémica y dinámica.
- 3- La discusión sobre los problemas teóricos y prácticos relativos a nuestra Historia de las Ideas, particularmente de las ideas filosóficas, ha tenido pareja influencia en el ámbito de las ideas ético-axiológicas. De ahí que asistimos en las últimas décadas a una renovación en el modo de plantear esos problemas en los marcos académicos, que ha dado lugar a diversas líneas de desarrollo.
- 4- Uno de los problemas centrales del debate ético-axiológico contemporáneo es el de la inserción de la ética en el ámbito de las ciencias sociales y, consecuentemente, las formas en que, desde éstas, se reconoce y se asume la presencia innegable de valoraciones en los distintos momentos de la investigación. En este sentido analizamos con detenimiento una de las propuestas -la del peruano Augusto Salazar Bondy- a nuestro juicio más fecunda en posibilidades.
- 5- Atendiendo a los actuales resultados de la Historia de las Ideas es posible proponer algunas pautas de periodización. Estas no superan, por ahora, los límites de

una propuesta parcial, que deberá necesariamente completarse por investigaciones y análisis de mayor envergadura.

Conscientes de las limitaciones de una propuesta de investigación que, como la presente, está en sus inicios, esbozamos el siguiente esquema para una Historia de las Ideas ético-axiológicas latinoamericanas, que ponemos a consideración de los lectores.

1. Panorama histórico de nuestras ideas ético-axiológicas.

Preguntas tales como: ¿qué son el bien y el mal?, ¿cuáles son las condiciones de la acción buena, justa u honrada?, ¿qué acciones son las que merecen castigo o reprobación social, ¿a quién corresponde castigar y cómo?, forman parte de la vida cotidiana. Los hombres, en todo tiempo y lugar han buscado responderlas, apoyándose para ello en principios de tipo religioso, o bien jurídicos, o simplemente en las pautas de la convivencia social.

Como es sabido, la ética o "ciencia de la moral", intenta desde el marco de la filosofía, dar una respuesta sistemática, racionalmente fundada, capaz de orientar el accionar humano a partir de verdades cuya validez aspira a la universalidad. En el horizonte de la llamada filosofía occidental, este tipo de respuestas se remontan a la antigüedad griega, y atraviesan, con importantes matices, toda la historia de la filosofía.

Si nos circunscribimos al ámbito del pensamiento latinoamericano, debemos reconocer que la reflexión sobre los problemas éticos se plantea desde el momento mismo de la conquista, pero no de manera sistemática sino a propósito de situaciones concretas, tales como la disputa acerca de la humanidad del indio o el derecho de la corona española para llevar adelante la guerra de conquista. Un ejemplo notable en este sentido lo constituyen los escritos de Fray Bartolomé de las Casas¹. Durante la colonia los problemas éticos, aún cuando presentaran cierta originalidad desde el punto de vista de la orientación de la conducta práctica, fueron planteados y resueltos dentro del marco doctrinario de la escolás-

tica, en su versión hispánica tardía.

Recién a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX se produce un importante movimiento renovador de las ideas en América Latina, que alcanza también el pensamiento ético. Renovación que no es ajena al proceso general de circulación de las "nuevas ideas" que influyeron decisivamente a nivel social y político. Las ideas de la Ilustración, en primera instancia, constituyeron una importante fuente de inspiración para los protagonistas de nuestras independencias nacionales, comenzaron a difundirse desde las postrimerías del siglo XVIII. Los problemas éticos, tales como la condena del comercio de esclavos y negros por considerarlo injusto e inhumano, son planteados dentro de un marco más amplio, caracterizado por un optimismo en el poder de la razón y en la posibilidad de reorganizar a fondo la sociedad a base de principios racionales. Partidarios del progreso, de la aplicación de métodos experimentales y contrarios al principio de autoridad, hombres como Manuel Belgrano, Manuel de Salas, Espejo, Nariño se esfuerzan por impulsar el conocimiento de la propia naturaleza regional, por mejorar la industria y los métodos de enseñanza. También los emancipadores políticos -Bolívar, San Martín, Hidalgo, Morelos, Rocafuerte-, inspirados en los ideales de la Ilustración, desean modelar a sus pueblos de acuerdo a los principios de igualdad y libertad, y trazan los lineamientos sociales de las nuevas naciones sobre bases racionales y humanas. Fue a la postre un proyecto paternalista que tomó como punto de partida una valoración homogénea de la sociedad y no tuvo en cuenta las diferencias y antagonismos presentes en ella, y que, por lo tanto no siempre contó con el apoyo de "las masas", sobre las cuales recayó la acusación de incapacidad para gozar de los beneficios de la libertad.

El tránsito de la visión ilustrada a la visión romántica que caracterizó el segundo tercio del siglo XIX, está señalado por el paso de la comprensión política a la comprensión social de la nación, abierta ésta al reconocimiento de la conflictividad de los procesos sociales que las Guerras Civiles pusieron de manifiesto. La inestabilidad social influyó decididamente sobre los proyectos de organización de las naciones latinoamericanas. En el marco general de una secularización

del saber, la filosofía fue ganando terreno firme durante la segunda mitad del XIX, dentro de lo que puede caracterizarse como un "espiritualismo", que se movió entre formulaciones románticas y, más tarde, eclécticas². La receptividad romántica de la problemática social queda expresada en la dicotomía "barbarie-civilización", magistralmente desarrollada por Sarmiento. Tal dicotomía constituye el núcleo fundamentador de una forma de racionalidad, que si bien no presenta la forma de una reflexión ético-axiológica sistemática, es el punto de apoyo de una posición valorativa que orienta el accionar práctico, sobre todo a nivel sociopolítico. Así se hace recaer sobre la "civilización" una valoración positiva frente a la "barbarie"; el "orden" cobra cada vez más importancia frente a la "libertad"; lo mismo ocurre con otros valores tales como la "unidad" y la "estabilidad" frente a la "guerra social" y la "anarquía". El eclecticismo, dentro del cual el romanticismo queda abarcado como un momento, fue una ideología de síntesis, que permitió allanar las diferencias entre liberales y conservadores, dando lugar a la formulación de las Constituciones, con lo cual se dieron los primeros pasos hacia la organización y estabilidad nacionales.

No nos hemos referido a la situación de la ética, y en general, de la filosofía académica, durante el s. XIX latinoamericano. Ella tuvo, sin duda, su desarrollo dentro de las Universidades y de la recién organizada enseñanza secundaria, marco en el que se difundieron las ideas del eclecticismo francés y de la tercera escolástica. Esta forma de reflexión se caracterizó por un alto grado de formalización e institucionalización, al margen de la actitud comprometida y de la fluidez del pensamiento de nuestros grandes intelectuales decimonónicos: Sarmiento, Alberdi, Montalvo, Simón Rodríguez.

Hacia fines del siglo y con un pie ya en el siguiente, el positivismo y el idealismo espiritualista se convirtieron en el soporte ideológico para la consolidación de nuestras recientemente constituidas naciones.

El positivismo, que en América Latina comenzó a tomar cuerpo en las últimas décadas del XIX, puede caracterizarse como un fenómeno complejo y amplio. Complejo, por cuanto no se trató simplemente de adoptar ideas europeas, sino que estas sufrieron importantes modificaciones en

función de su adaptación a las necesidades de nuestra circunstancia. Amplio, en la medida que fueron admitidos bajo un mismo rótulo elementos tomados fundamentalmente de Comte y Spencer, pero también de Adam Smith, Stuart Mill, Bentham, Darwin. La "filosofía positiva" no era sólo una doctrina acerca de la ciencia, sino también una doctrina sobre la sociedad y sobre las normas necesarias para reformarla hasta alcanzar la "etapa positiva". De ahí que tuviera gran difusión no sólo en el ámbito académico de las universidades y colegios de enseñanza superior, sino también entre quienes tenían acceso al ejercicio efectivo del poder, tal es el caso del Partido de los Científicos, acólitos de Porfirio Díaz en México.

En nuestras naciones, de naciente organización en su mayoría, la comercialización de productos agrícolas y ganaderos había permitido la consolidación de los grupos terratenientes en el poder. Se hacía necesario afianzar y modernizar la estructura del Estado para favorecer la vinculación con los capitales extranjeros y facilitar el acceso al mercado. Para ello se necesitaba "orden político" y "libertad económica". El positivismo, filosofía del "orden" capaz de encausar a nuestros pueblos hacia el "progreso", dar fin a la "anarquía" e imponer la civilización, ofrecía una clave ³. Comte había señalado que la anarquía política tenía sus fuentes en la anarquía moral, y esta resultaba de la anarquía intelectual. En el trasfondo de una filosofía de la historia que entiende a ésta como la lucha del progreso y la ciencia contra el retroceso y la superstición, se recorta la necesidad de ordenar las costumbres según reglas universalmente aceptadas. Evidentemente, nuestro positivismo fue una forma de pensamiento decididamente orientada a la acción, sin embargo no contó con un parejo desarrollo de la reflexión sobre los problemas éticos; y aún aquellos temas clásicos de la ética, como el de la libertad, resultaron limitados, cuando no negados, en virtud de la concepción mecanicista por la que se tendió a aplicar el principio de causalidad, sin distinciones, a todo lo existente. Sin embargo, con el afán de ordenar las costumbres y evitar la anarquía, se adoptaron posiciones saturadas de supuestos valorativos. Así, Gabino Barreda, propone, en una afirmación que sintetiza los postulados axiológicos del

positivismo, "...la libertad como medio, el orden como base y el progreso como fin" ⁴.

Por otra parte, el idealismo espiritualista, que se desarrolló en nuestros países desde el último tercio del siglo XIX, entroncó fundamentalmente con las ideas de los krausistas españoles. En la península, el krausismo introducido por Julián Sanz del Río, ocupó el centro de la vida académica desde 1850, y más tarde, a través de la Institución Libre de Enseñanza, se prolongó hasta bien entrado el siglo XX.

Esta atmósfera espiritual abrazó, no sin matices, a muchos de nuestros intelectuales y hombres de acción que tuvieron participación destacada como pedagogos, juristas y políticos. Entre ellos Eugenio M. de Hostos, José Martí, Prudencio Vázquez y Vega, José Batlle y Ordoñez, Hipólito Irigoyen. Esta línea de pensamiento tuvo vigencia entre nosotros paralelamente al positivismo, aunque no llegó a formar una verdadera "escuela" ni tuvo las características del saber institucionalizado. Tampoco se puede hablar de nuestros krausistas en sentido estricto, ya que no se dio una plena adopción de la doctrina krausista, sino de elementos diversos que fueron aplicados a las necesidades de nuestros países. Personalidades como las que mencionamos, actuaron en forma más bien individual y aislada, si bien su influencia es indudable, debido a un rasgo que caracterizó al krausismo en general: ellos no trataron simplemente de comprender el mundo, sino de cambiarlo ⁵.

En forma sintética la atmósfera krausista que se expandió en nuestra América puede caracterizarse como un racionalismo armónico, por cuanto admite a los sentidos, a la razón y al entendimiento como fuente de los conocimientos, y junto a ellos, a los sentimientos, la intuición, la inspiración personal, contribuyen a la organización y armonía tanto de lo conocido como de su aplicación práctica; se trata de un eclecticismo en la medida que supone la elaboración e integración de ideas provenientes de otros sistemas filosóficos, vinculados al idealismo alemán iniciado por Kant; ante los reduccionismos materialistas e idealistas, se presenta como un espiritualismo, es decir que conciben lo corporal y lo espiritual como sustancias igualmente perfectas, de origen divino y destinadas a unirse y completarse en la Humanidad. Pero

esencialmente el krausismo es una filosofía práctica, una moral orientada a la acción, una filosofía del deber que convoca a actuar en la política, en el derecho, en la educación en procura de claros ideales: la defensa de la "libertad", la evolución hacia una mejor "organización" y "armonía" sociales, la conquista de la "civilización" como cúspide del desarrollo racional de la "humanidad", todo ello teñido de un eticismo que promovía la austeridad, la seriedad, la estimación de la vida como expresión práctica del ideal humano.

Ubicándonos nuevamente en el marco de nuestra filosofía académica, el problema de los valores adquirió relevancia desde fines del siglo XIX. Fue introducido por una doble vertiente: la francesa por un lado, asociada a los nombres de Durkheim y Bouglé, en franco rechazo del positivismo, se orienta hacia un Subjetivismo social. La vertiente alemana, por otro lado, en la que resuenan los nombres de Husserl, Scheler y Hartmann, postula el objetivismo y el absolutismo de los valores. Esta corriente es reforzada por la presencia del español José Ortega y Gasset, que a través de sus conferencias y escritos (*¿Qué son los valores?* 1923) divulga la doctrina de Scheler. Este, apoyándose en la fenomenología husserliana, sostiene que los valores son entidades absolutas, invariables y ahistóricas, susceptibles de ser captadas inmediatamente por la intuición emocional. La ciencia de los valores (Axiología o Estimativa) será, considerada, entonces, como un sistema de verdades evidentes e invariables como las de la matemática. Frente a la posición del positivismo que, aplicando el método de las ciencias naturales a las ciencias humanas niega la existencia de valores absolutos; la respuesta de Lotze -"los valores no son sino que valen"- viene a apoyar la posición absolutista, por cuanto considera que los valores son independientes de la realidad. La brecha entre las llamadas ciencias del espíritu y las ciencias de la naturaleza se profundiza bajo la influencia de Windelband, Rickert y Dilthey. Los valores, dadas sus peculiares características (universalidad, ahistoricidad, absolutez) quedan como tema exclusivo de las ciencias del espíritu.

Esta diferencia en la orientación de los problemas éticos, y en particular de la axiología, contó con el impulso que desde el magisterio universitario le dieron un grupo de

vigorosas personalidades agrupadas bajo el apelativo de los Fundadores: A. Korn, C. Vaz Ferreira, E. Molina, A.O. Deustua, J. Vasconcelos, S. Caso, cuya influencia a nivel académico se prolonga por varias décadas en el presente siglo.

A esta línea, que es la predominante en cuanto al desarrollo de los problemas éticos, se van arrojando e integrando, en diversas proporciones, elementos provenientes de otras doctrinas que también influyen sobre nuestros intelectuales académicos, tales como el marxismo, la fenomenología, el existencialismo en sus diversas vertientes.

2. La filosofía del valor y las ciencias sociales.

Nos interesa destacar un momento particular dentro de este breve panorama histórico de las ideas éticas latinoamericanas que estamos trazando. Se trata de los aportes para una filosofía del valor realizados desde una posición radicalmente crítica de nuestro pasado filosófico, tal es el caso de Augusto Salazar Bondy. El filósofo peruano partía de una afirmación polémica: no ha existido ni existe una filosofía latinoamericana auténtica y original. El pensamiento filosófico desarrollado en nuestra América se halla viciado desde sus raíces por la situación de "dominación cultural" lo cual es una consecuencia lógica del subdesarrollo, la dependencia y la dominación a nivel económico, social y político a que han estado sometidos nuestros países⁶. Tal afirmación no conduce, sin embargo, a una posición pesimista. Su fecundidad radica en que, una vez reconocida y asumida esa condición de dependencia, es posible avanzar hacia su superación. La misma reflexión de Salazar Bondy sobre el problema de los valores puede ser considerada como un ejemplo en ese camino superador. Para ello se hace necesaria una ampliación de los horizontes institucionalizados de nuestra filosofía tanto a nivel teórico como metodológico. Tal ampliación es iniciada por el autor peruano mediante la incorporación de la reflexión teórica sobre el problema de la dependencia, la utilización de los métodos más rigurosos que la investigación filosófica universal ha logrado, tales como los aportados por la filosofía analítica y la teoría crítica de las ideologías, todo ello excede el marco de la filosofía académica tradicional para hacerse

cargo de los problemas más acuciantes de nuestra realidad histórica. El eje de la reflexión teórica es colocado por Salazar en una determinada concepción del hombre y de la praxis humana, por una parte, y por la otra, en la consideración de la valoración y los valores como momentos de esa praxis. Ello redundará en un examen del factor estimativo como elemento relevante dentro de las ciencias sociales.

El hombre se comprende por su historicidad, su libertad y su originalidad, como un ser que se va construyendo progresivamente, tanto en lo que respecta a su ser individual como social, la comunidad no le es ajena, tampoco lo son su pasado y su corporalidad; desde ellos se proyecta, el futuro es la dimensión principal del tiempo humano, allí se cumple la obra humana. Por lo mismo que es inacabado, el hombre es un ser precario, el pasado y el cuerpo pueden convertirse en lastre, su libertad puede resultar enajenada, degradada.

La praxis humana presenta una estructura, cuyos elementos esenciales son: la condición mundana del hombre, agente -ya como individuo ya como comunidad-, de una efectuación práctica, que consiste en operar activa y creadoramente sobre la realidad de acuerdo con la finalidad de la máxima expansión del vivir. La praxis del hombre es libre e histórica, no se reduce al círculo biológico necesidad-satisfacción, sino que en ella hay siempre una "necesidad creadora" y una "satisfacción expansiva". Cuando la satisfacción inmediata y egoísta es el único fin de la praxis, esta se degrada y aliena, anulando tanto el futuro, como el reconocimiento del otro. Así los hombres devienen dominadores y dominados.

Es por mediación del trabajo, momento positivo de la praxis humana, que se va conformando el proceso dialéctico de apertura al surgimiento de una realidad inédita. Las diversas formas de la praxis humana están mediadas, a su vez, por valoraciones.

Junto a la conciencia constativa, neutra, que nos permite darnos cuenta de las cosas tal como son y de lo que ocurre tal como ocurre; distingue Salazar la conciencia estimativa, cuyo rasgo característico es el compromiso. El sujeto que valora está siempre en favor o en contra de algo. Con este compromiso de la ciencia están estrechamente

relacionados la polaridad (bueno-malo; justo-injusto), la graduación (bueno, muy bueno, excelente), y la jerarquización (considerar unos valores más importantes que otros, v.gr. los valores morales tienen prioridad sobre los utilitarios), que surgen espontáneamente del hecho de tomar partido frente al objeto valorado.

En un análisis de la experiencia valorativa al estilo fenomenológico, señala el autor los siguientes momentos o actos valorativos: la atribución del valor, la realización del valor, la preferencia y la postergación, y por último, la elección, que es el momento decisivo de la experiencia valorativa y contiene a los momentos anteriores. Ella consiste en una operación por la cual, de un conjunto de posibilidades reales de acción con respecto a una o más instancias objetivas, se realiza conscientemente una y se descartan las demás sobre la base de vivencias de preferencia⁷. Cada uno de estos momentos de la experiencia valorativa presenta dificultades, algunas de ellas son, por ejemplo: determinar cuándo una atribución es auténtica y cuándo no lo es; detectar si en una valoración hay mentira, encubrimiento o mitificación; resolver la arbitrariedad y la no equivalencia de las elecciones. Para solucionar estas dificultades es necesario avanzar sobre una interpretación acerca de qué es lo valioso. Lo valioso y los valores no son objetos que pertenezcan a la realidad objetiva ni subjetiva; son condiciones de posibilidad de la acción humana. Ello implica postular una nueva instancia trascendental capaz de hacer inteligible la praxis, pero con los requisitos de: eliminar toda especulación metafísica que convierta a los valores en entidades susceptibles de predicación, y tomar en cuenta el complejo entero de la existencia histórica, personal y social. Así, los valores son mediaciones, categorías a la manera kantiana pero históricas, ligadas a la existencia cotidiana. Cada individuo, cada grupo social construye y organiza su vida de acuerdo con lo que considera bueno o malo, justo o injusto, beneficioso o perjudicial, integrando dialécticamente de esta manera la compleja trama de la realidad socio-histórica. Lo contrario sucede cuando se pretende postular la absolutez de los valores y la universalidad de los patrones, esto conduce al encubrimiento de la diversidad real y promueve conductas imitativas, mitificadoras e inauténti-

cas, propias de la "cultura de la dominación".

Palabras tales como "subdesarrollo" o "dependencia", utilizadas para caracterizar la realidad social en América Latina, contienen tonalidades semánticas que implican minusvaloración de la calidad de vida de nuestras comunidades; pero frente a ellas, en oposición claramente valorativa se halla la "libertad". ¿Cuál de los dos polos escoger como punto de partida para realizar el análisis y proponer las soluciones más adecuadas a nuestros problemas sociales? Elegir el polo positivo, el de la libertad, implica elegir lo posible, lo utópico, pero acentuando el aspecto afirmativo de la utopía, es decir, insistiendo en aquello "otro" que no es, pero que "puede" llegar a ser. De allí la importancia de reconocer la presencia del factor estimativo en las ciencias sociales, factor que con frecuencia resulta negado, disimulado o eludido.

Los valores y la valoración intervienen en las ciencias sociales desde el comienzo en el planteo de ciertos problemas, en la selección de los objetivos y los métodos, en el trazado del curso de la investigación; y a lo largo de la misma investigación al describir y explicar la realidad, al resaltar ciertos hechos, fenómenos o relaciones, al establecer el valor cultural, histórico o social de ciertas instituciones o creaciones. En todos estos casos el científico emite juicios de atribución o preferencia que son valorativos, aunque no estén expresamente reconocidos como tales. Se hace necesario tener en cuenta, en primer lugar, que esos juicios no pertenecen a la experiencia ordinaria sino que forman parte de una reflexión científica y, sin embargo, es frecuente que no se los emita desde una posición suficientemente crítica; en segundo lugar, se debe tener en cuenta que las valoraciones instrumentales de las ciencias sociales desbordan el marco de lo verdadero y lo falso, es decir de lo objetivamente verificable, como consecuencia de la naturaleza histórico-cultural de la realidad que es objeto de su estudio. De ahí que se presenten serios problemas: por una parte, el problema de la homogeneidad entre el sujeto y el objeto de la investigación, homogeneidad en cuanto que el sujeto está inmerso en un mundo valorativo del cual participa en forma más o menos consciente, y el objeto es, asimismo, una realidad social penetrada de

valor, por lo cual se produce una confrontación de realidades valorativas y se corre el riesgo de caer en deformaciones derivadas de la concordancia o discordancia entre el sujeto valorante y el objeto valorado. Por otra parte, se presenta el problema de la conciliación del propósito descriptivo y explicativo de las ciencias sociales (en cuanto cosas positivas) con el tipo de objeto a estudiar, que implica instancias valorativas de diversos géneros: sólo por un examen de la consistencia ontológica del valor y de las bases de sustentación de los enunciados valorativos puede decidirse sobre la posibilidad de integrar en un sólo cuerpo conceptual las afirmaciones de hechos y las de valor⁸. Finalmente, también constituyen problemas: por resolver: la apreciación comparativa de diversos sistemas de valor (v.gr. superioridad o inferioridad entre culturas, progreso o decadencia, transculturación); la confrontación de ideologías como expresión de los intereses de grupos sociales diversos; la mitificación de los valores; etc.

Evidentemente la interrogación axiológica abraza al conjunto de la vida social. ¿Cómo evitar los riesgos del dogmatismo o de la dispersión e igualación relativista respecto de los modelos antropológicos? También en este caso necesita el investigador social colocarse en un horizonte más vasto, hacer explícitas las teorías subyacentes y someter a examen crítico sus alcances y bases de validez. De hecho, el investigador social está obligado a hacer opciones y a tratar con predicados de valor, mucho más cuanto que al intervenir en la planificación del desarrollo social es un agente en la provocación del cambio. A este nivel, las implicancias estimativas de la acción o bien se asumen francamente, o bien se realizan inconscientemente y con dudoso provecho. Por todo esto, concluye Salazar, la urgencia del planteamiento de la problemática axiológica desde nuestra peculiar condición de países "subdesarrollados" y "dependientes", pero mirando hacia el futuro, anticipando, previendo, proyectando, tratando con lo posible, que es la manera de construir la propia y auténtica historia.

La reflexión del maestro peruano señala un hito, a nuestro juicio, muy importante en la historia de nuestras ideas éticas. Si bien el pensamiento moral no había carecido

de originalidad en sus planteos o en la adaptación de los mismos a nuestra realidad, esto sucedió casi siempre al margen de lo que puede llamarse filosofía académica o institucionalizada. La propuesta de Salazar Bondy, elaborada desde el marco de la cátedra universitaria, trasciende, sin embargo, los límites de lo tradicionalmente aceptado como saber académico, para colocarse en el centro de nuestra realidad histórica conflictiva y dependiente, y desde ahí preguntarse ¿qué son los valores?, ¿en qué consiste la experiencia valorativa?, ¿cómo superar nuestra situación de sociedades globalmente minusvaloradas? Ello permitió avizorar un nuevo horizonte de reflexión para la Etica, que toma como punto de partida la historia cotidianamente vivida.

Notas bibliográficas:

- (1) Cfr. De Las CASAS, Bartolomé, **Brevísima relación de la desnutrición de las Indias**, Bs. As., Eudeba, 1966.
- (2) ROIG, Arturo, "Notas para una lectura filosófica del siglo XIX". En R.H.A. N° 98, Julio-Diciembre de 1984, p. 143 a 167. Del mismo autor: **El Espiritualismo argentino entre 1850 y 1900**. Puebla (México), Cajica, 1972.
- (3) Cfr. WEINBERG, Gregorio, **Modelos educativos en la historia de América Latina**. Bs. As., Kapelutz, 1984, p. 174-175.
- (4) Citado por VILLEGAS, Abelardo, **La filosofía en la historia política de México**, México, Pomarca, 1966, p. 127.
- (5) Cfr. ANDREON, R. y MONREAL, S., "De Kant a Krause, el krausismo y su influencia en la Universidad Libre de Bruselas". En: **Las Ideas filosóficas que influyeron en la formación del Uruguay contemporáneo**. Montevideo, Fundación Vázquez y Vega, 1988.
- (6) Cfr. SALAZAR BONDY, Augusto, **¿Existe una filosofía de nuestra América?**. México, Siglo XXI, 1969. También "Cultura y Dominación", en **Textual**, Revista del Instituto Nacional de Cultura. Lima, N° 9, diciembre de 1974.
- (7) Cfr. SALAZAR BONDY, Augusto, "La Experiencia del valor". En: **Para una filosofía del valor**. Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1971.
- (8) Cfr. SALAZAR BONDY, Augusto, "El factor estimativo y antropológico en las ciencias sociales". En: **Para una filosofía del valor**. Ed. cit., p. 188 a 201.